

EL MITÓLOGO*

El antropólogo más famoso del siglo xx bien puede resultar intimidante para cualquier posible biógrafo. Claude Lévi-Strauss, fallecido hace dos años, negaba tener cualquier individualidad digna de interés. Decía que podía recordar pocas cosas de su pasado y que ni siquiera sentía haber escrito sus propios libros. Él era solamente una «pasiva encrucijada» donde «sucédían cosas»; «nunca tuve, y sigo sin tener, la idea de sentir mi identidad personal. Ante mí mismo aparezco como el lugar donde se produce algo, pero no hay ningún “yo”, ningún “mí”». Estas afirmaciones tampoco eran meras confesiones personales. Su sistema intelectual estaba basado en un rechazo radical del significado del sujeto, incluso de su realidad. Una doble barrera como esta parece suficiente obstáculo para una biografía. Pero se podría pensar que este obstáculo era incluso mayor debido al hecho de que Lévi-Strauss también era, paradójicamente, el autor de unas memorias, *Tristes Tropiques* –con cualquier criterio una obra maestra de la literatura– en donde relataba lo que él presentaba como las experiencias decisivas de su vida. ¿Quién podría esperar mejorar esas memorias? Ciertamente ningún cronista convencional. En la cultura francófona, donde desde hace mucho tiempo la cultura de la biografía ha sido perceptiblemente débil, el único intento de un retrato completo realizado por Denis Bertholet, en 2003, es una prueba suficiente de esta dificultad.

Patrick Wilcken ha desafiado todos esos obstáculos: *Claude Lévi-Strauss: The Poet in the Laboratory* es tanto una biografía como un estudio crítico del pensador al máximo nivel. Con una narrativa elegante e intensa, también es un modelo de juicio intelectual. Libre por igual de cualquier impulso hacia la veneración como de la tentación de desacreditarlo, Wilcken ha elaborado un relato maravillosamente tranquilo, lúcido, de la vida y pensamiento de su personaje. La historia que cuenta puede dividirse en cinco partes. Nacido en 1908, hijo de un pintor *démodé* y entusiasta de la música, en su juventud Lévi-Strauss fue un activo socialista. Atraído por las artes, se formó en filosofía en un momento de fermento vanguardista y falta de rígidas fron-

* Patrick Wilcken, *Claude Lévi-Strauss: The Poet in the Laboratory*, Bloomsbury, Londres, 2010, 375 pp.

teras disciplinarias. Su primer artículo publicado era una disertación sobre el marxismo centrada en Françoise Babeuf. A los veintiséis años de edad, estando de profesor en un liceo de provincias, se le presentó la repentina oportunidad de unirse a un pequeño grupo de académicos franceses –Braudel entre otros– para dar clases en la recientemente fundada Universidad de São Paulo. El patrocinador de esta llamada fue el que había sido su director de tesis, el sociólogo Célestin Bouglé, un colega de Durkheim, y el puesto que eligió ocupar en São Paulo fue en Sociología. Más tarde comenzaría *Tristes Tropiques* con las conocidas palabras: «Odio los viajes y a los exploradores», un comentario totalmente irónico. Aburrido e inquieto en Francia, como muchos intelectuales de su generación (Malraux y Nizan se habían hecho un nombre con sus hazañas en el extranjero), en otro momento confesaría con más sinceridad: «Estaba en un estado de intensa excitación intelectual. Sentía que estaba reviviendo las aventuras de los primeros exploradores del siglo xvi. Estaba descubriendo el Nuevo Mundo para mí mismo. Todo parecía mítico; el escenario, las plantas, los animales».

En esto, Wilcken, autor de un excelente estudio sobre la corte real portuguesa en Río de Janeiro, tiene la enorme ventaja de un íntimo conocimiento del país donde aterrizó Lévi-Strauss. Por primera vez, la experiencia que transformó en un antropólogo a Lévi-Strauss está más adecuadamente contextualizada. En Francia, la sociología de Durkheim y después de Mauss se extendía indiferentemente desde las sociedades modernas a las «primitivas» –es decir, preliterarias– a diferencia del trabajo con mayores inclinaciones históricas de Weber o Sombart en Alemania. La etnología era más una vaga provincia de la sociología que una disciplina definida. Así, el estudio de las tribus locales de alguna manera era la dirección evidente que tenía que tomar Lévi-Strauss si quería sacar provecho de su estancia en Brasil para mejorar su posición en su patria. Todavía se sentía atraído por las artes; él y su mujer pronto se encontrarían frecuentando el entorno de Mário de Andrade, el principal poeta moderno de Brasil, con quien la pareja hizo buena amistad; y todavía alimentaba ambiciones políticas, aunque fuera indiferente a la situación local, donde estalló un levantamiento comunista poco después de su llegada y más tarde se instalaba una dictadura modelada sobre los regímenes de Salazar y Mussolini. En 1936, cuando el Frente Popular llegó al poder en Francia, se quedó desilusionado por no recibir ninguna llamada de algún ministerio socialista en París. Fue entonces cuando decidió abandonar la idea de una carrera política: la exploración etnográfica del interior de Brasil se convirtió en la alternativa.

Con la publicación de *Tristes Tropiques* veinte años después, las incursiones entre los caduveos, los bororos y los nambikwaras se convirtieron en leyenda. La meticulosa reconstrucción de estas salidas que hace Wilcken, serena pero nunca indiferente muestra lo que fueron en realidad. Con criterios contemporáneos, se trataba de breves e itinerantes visitas que suponían tanto conjeturas como trabajo de campo en el sentido moderno. Sin ni siquiera dominar el portugués, Lévi-Strauss no conocía ninguna lengua india y no pasó mucho tiempo con ninguno de los grupos con los que se encontró. Tam-

co su principal expedición, en 1938, se parecía para nada a la solitaria peregrinación tácitamente sugerida en sus memorias. En palabras de Wilcken:

Cuando el personal y el equipo quedaron instalados en terrenos a las afueras de Cuiabá, el tropel de animales de carga, las cajas y las sillas de montar, los hombres con barbas en holgados pantalones cortos de algodón y botas de cuero se parecían más a una itinerante feria rural que a una expedición científica. En las páginas de *Tristes Tropiques* este gran reparto de apoyo a menudo se desvanece en el trasfondo. En realidad, la expedición Serra do Norte estaba tan lejos como era posible del dorado estándar etnográfico de Malinowski; el solitario de principios del siglo xx que laboriosamente aprende el idioma local y se sumerge él mismo en su cultura. Al contrario que el conradiano viaje a los extremos de la humanidad, el séquito de Lévi-Strauss del momento superaría en número a los nativos a los que estaba intentando estudiar.

Pero Wilcken no le censura. Cualesquiera que fueran sus otros defectos, la expedición no solo fue complicada y arriesgada, sino también productiva y proporcionó a Lévi-Strauss una provisión de imaginativas conjeturas que le resultarían muy útiles cuando llegara a su verdadero terreno de investigación, a miles de millas de la maleza y la jungla. De vuelta en Francia, en la primavera de 1939, con treinta años cumplidos y la cabeza todavía ocupada con lo que había visto, estaba tan despolitizado que era totalmente ajeno no solo a la inminencia de la guerra en Europa sino a las realidades de la victoria nazi y del colaboracionismo del régimen de Vichy en 1940, y de hecho llegó a intentar –afortunadamente fracasando– volver como profesor al París ocupado en un momento en que los judíos ya estaban en peligro. Expulsado con Pétain, y después de que se le negara un visado de regreso a Brasil, consiguió una invitación del New School, y (ayudado por la adinerada conexión de una tía en Estados Unidos) embarcó en Marsella junto a otros refugiados entre los que se incluían André Breton y Victor Serge, un episodio punzantemente descrito en *Tristes Tropiques*. Después de llegar finalmente a Nueva York, Manhattan fue, como observa correctamente Wilcken, más que el Mato Grosso su «verdadero *shock* cultural».

Allí, en medio de una comunidad de expatriados franceses mucho más numerosa que la de São Paulo, se arraigó en un vanguardista entorno surrealista –Max Ernst, Yves Tanguy, André Masson, Roberto Matta, por no hablar del propio André Breton– que tomó a la antropología junto al psicoanálisis como las claves de las fuentes inconscientes de la existencia. De joven había pintado; en Brasil había comenzado a escribir una obra de teatro al estilo de Corneille; en Francia, a componer una novela al estilo de Conrad. En Nueva York, dejó de lado semejantes ambiciones pero aprendió cómo invertir la sensibilidad que se encontraba detrás de ellas (ahora modulada por este escenario, «los surrealistas enriquecieron y refinaron mis gustos estéticos») en formas que serían discursivas más que creativas.

Sin embargo, el cambio decisivo vino de otras dos direcciones; la exposición a la riqueza empírica de la etnología estadounidense, gran parte de ella

reunida por Franz Boas, que todavía vivía en Nueva York, y a la perspectiva teórica de la lingüística de Praga, llevada a Estados Unidos por Roman Jakobson, que se convirtió en un íntimo amigo. Ninguna de las dos corrientes era conocida en Francia. Poniéndose a dominar la primera en la biblioteca pública de Nueva York, Lévi-Strauss absorbió la segunda como el marco fundamental de su pensamiento a partir de entonces. Unos siete años después —ahora como agregado cultural de la Francia de la posguerra en una mansión palaciega de la Quinta Avenida— la fusión que hizo de ambas produjo *Las estructuras elementales del parentesco*, que apareció poco después de su regreso a París en 1948. En este enorme compendio, que buscaba formalizar en un conjunto de modelos inter-relacionados a toda una secuencia de sistemas matrimoniales del mundo preliterario conocido, sostenía que el tabú del incesto era antropológicamente universal, marcando la ruptura desde la naturaleza a la cultura que hacía posible a la sociedad humana. Aunque de ninguna forma todos los hallazgos en los que se basaba el libro eran ciertos, ni sus interpretaciones siempre fiables, nunca se había intentado nada similar. En palabras de Wilcken: «Su originalidad, la confianza de sus afirmaciones, el sentido de una reorientación teórica que debía haberse hecho tiempo atrás, la convirtió en la obra de referencia de su tiempo». La mayor parte puede parecer impenetrablemente técnica, pero su tesis central era fácilmente inteligible; algo sorprendente. Tendrían que pasar décadas antes de que su premisa central se demostrara equivocada: históricamente no había una prohibición universal del incesto, algunas sociedades —la antigua Persia, Egipto— incluso lo imponían.

Cuando *Las estructuras elementales del parentesco* vio la luz, Lévi-Strauss todavía era —académicamente hablando— un *outsider* en Francia. A la suerte pública del libro contribuyó una elogiosa crítica en *Les Temps modernes* realizada por Simone de Beauvoir, en su momento alumna de Lévi-Strauss, que había consultado el manuscrito mientras estaba escribiendo *El segundo sexo*. Su aceptación académica fue más lenta. Después de negársele por dos veces un puesto en el Collège de France, Lévi-Strauss trasladó su atención desde el parentesco a los mitos, y en 1952 publicó su primer ensayo dirigido directamente a una audiencia más amplia, *Raza e Historia*. En él desinflaba las pretensiones occidentales de una superioridad cognitiva sobre las sociedades preliterarias; la llegada de la industria y la ciencia moderna era el resultado de un azar de combinaciones en la ruleta del tiempo, más que de cualquier dinámica histórica interior. Tres años más tarde llegó la revelación de sus extraordinarios dones literarios con el sombrío virtuosismo de *Tristes Tropiques*; una meditación filosófica tanto o más que una memoria antropológica. Bajo el signo de Lucrecio y Rousseau, más que de Durkheim, representaba su estancia en Brasil como una incesante destrucción de las ilusiones románticas que, sin embargo, también era un fabuloso rito de travesía hacia verdades sobre la humanidad y su lugar en el universo, reprimidas por la hbris metropolitana. De su segunda y más significativa formación como etnólogo en Nueva York, no decía nada. Por método, profesaba el de tres «maestros», Marx, Freud y la geología, cada uno de ellos explorando capas ocultas bajo la superficie de la realidad. En 1955, esto era un credo que

no disminuía el atractivo del libro. Unánime y comprensiblemente, *Tristes Tropiques* fue aclamado como un clásico de las letras francesas.

En estos años resultan llamativos los estrechos lazos –aunque parezcan paradójicos habida cuenta del antagonismo entre el estructuralismo y el existencialismo– que unían a Lévi-Strauss con la fuerza de la cultura de izquierda dirigida por Sartre. No solo Simone de Beauvoir se salió de su camino para presentar en escena *Las estructuras elementales del parentesco*, también fue en *Les Temps modernes* donde apareció un capítulo de *Tristes Tropiques* antes de su publicación, como también lo hicieron conocidos textos posteriores como «La Geste d'Asdiwal»; la entrada final de Lévi-Strauss en el Collège de France, diez años después de su primer intento, fue orquestada por Merleau-Ponty. Sin duda un sentido de dónde se encontraban las influencias tuvo su parte en todo esto, pero tampoco era una configuración intelectual atípica en la Cuarta República, caracterizada por alianzas a menudo impredecibles y sostenidos y apasionados debates que bruscamente decaerían con la Quinta. Con ese cambio de régimen nació el estructuralismo propiamente dicho. En 1959, Lévi-Strauss publicó su manifiesto en la colección de ensayos titulada *Antropología estructural*. «Durante siglos las humanidades y las ciencias sociales se han resignado a contemplar el mundo de las ciencias naturales y exactas como la clase de paraíso en el que nunca entrarían», declaraba, pero «repentinamente hay una pequeña puerta que se está abriendo entre los dos campos, y es la lingüística la que lo ha hecho». No solo los mitos o las leyendas populares, sino en principio cualquier fenómeno del mundo social o cultural, podía a partir de entonces ser situado en el mapa y descifrado con el rigor de los fonemas. Desde Comte, el pensamiento francés siempre había contenido una significativa tendencia hacia la ciencia. Al trasmitir una antropología equipada con la autoridad de la lingüística, Lévi-Strauss pugnaba por hacerla dominante.

Durante una temporada tuvo un considerable éxito; los espíritus emprendedores se esforzaban por emular o extender su programa por todo un amplio abanico de campos, mientras que él consolidaba su hegemonía desde su puesto de mando en el vértice de la erudición francesa. En una virtuosa actuación, *El pensamiento salvaje* (1962) se lanzaba a mostrar el estructuralismo innato en los sistemas clasificatorios de las sociedades preliterarias, y las vanas pretensiones del marxismo –menos aún del existencialismo en la persona de Sartre– para representar cualquier avance en relación a ellas. Sin embargo, este edificio teórico descansaba sobre una frágil base: la idea de que el lenguaje ofrecía una analogía para el estudio de cualquier otra esfera de la vida social. El propio Saussure, el creador de la lingüística estructural, había advertido expresamente en contra de esta ilusión. Pero igual que en la actualidad la nueva genética ha generado una gran cantidad de esperanzados postulantes de la teoría evolutiva, en cualquier campo concebible de las humanidades y de las ciencias sociales –pese a la falta de cualquier conexión que no sea metafórica– hace medio siglo la lingüística cautivó a un amplia colección de entusiastas del «ábrete sésamo» para entender el mundo en general. La contribución de Lévi-

Strauss a esta expansión fue *Mitológicas* (1964-1971), su monumental tetralogía sobre los sistemas-mito de las Américas, unas dos mil páginas que pretendían desvelar las propiedades universales de la mente humana, idénticas en mitos y sus análisis, que desplegaba en una composición científica, melódica y autorreferencial como la música.

Para finales de los años setenta, la ola estructuralista había retrocedido, y finalmente el propio Lévi-Strauss se desmarcó de las extravagancias que había ayudado a desencadenar, comentando –quince años después de *El pensamiento salvaje*– que el estructuralismo no era otra cosa que «una imitación muy débil y pálida de lo que las ciencias exactas están haciendo». Decía que él simplemente había estado intentando encontrar alguna clase de orden bajo el desorden aparente de sus materiales, sin imponer ninguna conclusión sobre ellos. Sin embargo, su regresión política y cultural fue más acusada que cualquier retractación teórica, que quizá fuera solamente táctica. En su vejez, el que una vez fuera simpatizante del socialismo y del surrealismo se volvió cada vez más conservador: un pilar de la Academia Francesa, a disgusto con el arte moderno, moderador electoral, admirador de Gobineau. Aun así, se trataba de preferencias de fondo sobre las que Lévi-Strauss no insistía mucho. La posterior estrella del estructuralismo invirtió esta trayectoria, pero no con mejores consecuencia intelectuales: Foucault, moviéndose sin apenas pausa desde una «nueva filosofía» aplaudida desde el Eliseo a una «justicia popular» predicada en Izquierda Proletaria. Lévi-Strauss ciertamente sabía cómo avivar cobertura para sus ideas y hacer avanzar sus propios intereses, pero lo hizo dentro de los límites de cierta reserva tradicional y de una dignidad pasada de moda. Las piruetas exhibicionistas del joven Foucault y su hambre de publicidad eran algo ajeno para él. Consciente de lo arbitrarias que eran sus arqueologías, Lévi-Strauss se rehusó a dar ningún apoyo institucional a su admirador.

El veredicto final del esmerado y emotivo libro de Wilcken es impecable. «En un mundo de áreas de conocimiento cada vez más especializadas, puede que no haya nunca otra obra de un alcance y ambición tan estimulante», pero aunque «había una gran amplitud y alcance en las ideas de Lévi-Strauss», finalmente acabaron encajadas en un «espacio intelectualmente claustrofóbico»; «una empresa de un solo hombre que se volvió tan completamente idiosincrática que era completamente imposible construir sobre ella». Como sistema, «el estructuralismo implicaba profundidad, pero con su interacción de signos carentes de referencia, a menudo se consideró más como deslizarse sobre una superficie de vidrio». Sin embargo, «lo que dio vida a la producción de Lévi-Strauss e introdujo el lirismo que desconcertaba a sus críticos anglosajones, fue un profundo interés por la expresión y la apreciación estética que iba en tándem con el lado cognitivo de su trabajo». El antropólogo se veía a sí mismo como un artista *manqué*. Pero Lévi-Strauss no fue solo un gran coleccionista y tejedor de narrativas, «los mitos son objetos muy hermosos», observaba, «y uno nunca se cansa de contemplarlos, de manipularlos». El segundo de estos verbos cuenta su propia historia. También fue un gran escritor en el arte, no menor, de la retórica.